

---

# RED, IDENTIDAD, ESPACIO Y TIEMPO

Ramón Ramos Torre

UCM

---

Este voluminoso libro de Castells ha de ser saludado por su riqueza e inusitada valentía. Alguien tenía que atreverse a reunir los heterogéneos fragmentos del mundo en que vivimos, ponerse a pensar qué tienen que ver Gates, Soros, Woytila, Kabila, Prince, Kramer contra Kramer, el subcomandante Marcos y demás iconos que nos fascinan y marean. Ha sido Castells quien se ha puesto a la tarea y el resultado es una obra espléndida en la que el lector queda atrapado y concede dejarse arrastrar por el flujo que lo desliza con seguridad e inteligencia de la globalización a la empresa capitalista reticular, de ésta a la revolución tecnológica, el trabajador individualizado o el nuevo espacio-tiempo, para desembocar en los fundamentalismos, la revolución sexual, la crisis del patriarcado, la guerrilla informacional chiapaneca, la política mediática, el nacionalismo catalán, los tigres asiáticos, la construcción de la Unión Europea y un largo, larguísimo etcétera. De este modo, el mundo se nos muestra, pero no tal cual nos desconcertaba en su inconexa variedad, sino reconducido a un puzzle en el que las piezas casan —puzzle ciertamente complicado y tenso, pero, y esto es lo decisivo, ordenado—. Pensar tanto a la vez es tremendamente difícil, y aún lo es más cuando no se opta por contrastar retratos generales («teorías»), sino por ir a los hechos y engazarlos de forma significativa. Vaya, pues, por delante mi reconocimiento y admiración por un trabajo tan necesario, improbable, esforzado y brillante. Que se haya llevado a buen puerto nos aboca a pensarlo radicalmente porque en los marcos que define hemos de construir

---

**Reis**

86/99 pp. 379-386

entre todos el diagnóstico que normalice nuestras discusiones sobre la sociedad contemporánea. Y es así como planteo las consideraciones que siguen.

De la estructura a la identidad y de la identidad a la estructura: tal es el vaivén que, a mi entender, dinamiza la indagación de Castells. Entre ambos extremos —tal vez mediándolo, tal vez traduciendo el uno al otro o tal vez tensionándolos— queda el espacio-tiempo. No se trata de un espacio-tiempo cultural —es decir, resumen de nuestras ideas (científicas, artísticas, religiosas, etcétera) sobre el mundo—, sino de un espacio-tiempo material, expresión, producto y soporte de las prácticas materiales que son estructuradas por las relaciones sociales de producción, poder y experiencia. Es por esto por lo que la discusión con Castells ha de empezar por este enclave fundamental, a partir del cual es posible abrirla a los dos extremos que media, traduce o tensa, es decir, la estructura y la identidad o, en imágenes más concretas, la red informacional y el yo-nosotros.

Se puede reconstruir la propuesta de Castells a partir de dos hipótesis textuales que se suceden en orden decreciente de abstracción. La primera propone que «el espacio organiza al tiempo en la sociedad red» (I: 410). La segunda especifica una mayor complejidad y así adelanta que «en nuestra sociedad el espacio determina al tiempo, con lo que se invierte una tendencia secular: los flujos inducen el tiempo atemporal, los lugares se circunscriben al tiempo» (I: 500). Ambas hipótesis son diagnósticos sobre el cambio que se ha operado, pero mientras la primera atiende tan sólo a la novedad que emerge y domina, la segunda la inserta en el legado persistente de un pasado ya no dominante, aunque lo fuera hasta hace pocas décadas. En el primer caso se nos habla de un espacio-tiempo reticulado e informacionalizado que, subordinando el tiempo al espacio, se concreta en el espacio de los flujos y el tiempo atemporal. En el segundo se agrega al espacio-tiempo dominante un espacio-tiempo marginado, pero subsistente, en el que se mantienen el espacio de los lugares y el tiempo de los relojes. Según podremos comprobar más adelante, emerge además otro tiempo, denominado glacial, que, no siendo ni legado del pasado ni hijo del cambio estructural ya acontecido, anuncia más bien un futuro de identidad.

Queda claro el tipo de diagnóstico de cambio que así se proporciona. Se trata, en lo sustancial, de un diagnóstico de inversión que parte de una categorización muy simplificadora del espacio-tiempo propio del capitalismo: en él domina o el tiempo o el espacio; y así, si en el capitalismo industrial dominaba el tiempo, en el informacional impera el espacio. La solución es ciertamente elegante y simétrica, pero todo apunta a que resulta demasiado simple y poco sostenible.

Veamos las cosas. El nuevo espacio doblemente dominante es el espacio de los flujos, definido como «*la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de los flujos*». Por flujo entiendo las secuencias de intercambios e interacciones determinadas, repetitivas y programables entre las posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad»

(I: 445). Tal espacio es reticular y se asienta sobre tres «capas de soportes materiales» (I: 446): los circuitos de impulsos electrónicos que constituyen su infraestructura tecnológica; los nodos y ejes que están conectados en las múltiples redes; la organización en minirredes segregadas y excluyentes de las plurales élites dominantes. Lo singulariza una doble característica: la conexión de lo distante y la desconexión de lo próximo, tal como se exhibe en las megalópolis emergentes (I: 438). Lo relevante es, pues, la conectividad reticular que opera entre posiciones que no son físicamente contiguas. Y en esto radica su diferencia con el viejo espacio de los lugares que está basado en localidades «cuya forma, función y significado se contiene dentro de la contigüidad física» (I: 457). Desde este punto de vista, la diferencia dimana de modos distintos de resolver el problema recurrente de la conectividad —o «lógica del enlace» (I: 505)— socioespacial: si los lugares la resuelven en términos de contigüidad, el espacio de los flujos lo hace en forma de red. Esto es ciertamente muy relevante, pues la red tiene una topología especial y administra de forma peculiar la lógica de la distancia. Según lo especifica (I: 506-507), se caracteriza por ser plural, dinámica, basada en la lógica de la exclusión/inclusión, eliminar la distancia entre sus nodos y pivotar sobre conmutadores que conectan redes heterogéneas y actúan como puntos privilegiados de poder.

¿Es todo, con ser ya bastante? Ciertamente no, ya que Castells no se limita a subrayar la forma reticular del espacio, sino, con no menor énfasis, lo que en la red está o, más bien, lo que por ella se desliza. De ahí que lo denomine espacio de los flujos. Y es que, en efecto, lo que configura el espacio es lo que en él fluye, eso que en él transita incluso en tiempo real y que tiene poder para crear y recrear, mantener y transformar sus nodos y ejes; y no sólo lo que en él transita (poder e información), sino el puro transitar o fluir —lo que lleva a destacar que «el poder de los flujos tiene prioridad sobre los flujos de poder» (I: 505)—. El espacio de los flujos es, pues, una red de información y poder marcada, singularizada por la procesualidad: es procesual en sí y por sí misma y lo es, además, porque es red para y por lo que transita o fluye. El espacio es proceso, red de deslizamiento, nodos y ejes de tránsito, río heraclitiano.

Esta conclusión no es nimia ya que, a poco que se considere, nos precipita inopinadamente en manos del tiempo, pues desde Aristóteles sabemos de él que, si bien no es movimiento, es un algo del movimiento. Un espacio que está intensamente procesualizado no puede ser sino un espacio temporalizado. Es lógico que así sea. Es más, eso ocurrirá con cualquier espacio, pues, a poco que lo pensemos como expresión y producto de prácticas reales, y aun cuando inicialmente hayamos optado por separarlo analíticamente del tiempo, acabaremos topándonos con el espacio-tiempo o, por decirlo al modo de Bajtin, con los cronotopos que las realidades procesuales engendran y en las que se expresan. Sólo un mundo parmenidiano sería sustentable en un espacio puro, pero el nuestro no lo es y en él reaparece el tiempo.

Castells, firme en su hipótesis de la espacialización informacional-reticular, no lo cree así. El tiempo que diagnostica es una realidad que se niega a sí

misma y así se enuncia en un oxímoro, el tiempo atemporal, que engendra otros oxímoros ya algo estridentes —por ejemplo, una cacofónica «efimeridad eterna» (I: 502) ligada a la no menos oximórica cultura de la virtualidad real—. ¿Qué es el tiempo atemporal? La propuesta es la siguiente: «el *tiempo atemporal*, como he denominado la temporalidad dominante en nuestra sociedad, *se da cuando las características de un contexto determinado, a saber, el paradigma informacional y la sociedad red, provocan una perturbación sistémica en el orden secuencial de los fenómenos relacionados en ese contexto*. Esta perturbación puede tomar la forma de condensar la ocurrencia de los fenómenos con el fin de lograr la instantaneidad, o también introducir la discontinuidad aleatoria en la secuencia. La eliminación de la secuencia crea un tiempo indiferenciado, que es equivalente a la eternidad» (I: 499). A mi entender, esta propuesta definitoria se basa en tres supuestos problemáticos: *a*) identificar tiempo con sucesión o secuencia, de modo que todo lo que inestabilice una secuencia se convierte en atemporal; *b*) identificar la instantaneidad con la simultaneidad y, en función de que tiempo=sucesión, suponer que la relación ordinal-temporal de simultaneidad es puramente espacial, sin reconocer que la instantaneidad es un concepto doblemente temporal ya que no sólo denota simultaneidad, sino también un lapso temporal de breve duración (tiempo comprimido); *c*) identificar abusivamente la eternidad con un tiempo desordenado, cuando en realidad lo eterno es lo inordenable temporalmente o lo que permanece en la simultaneidad pura. No comparto ninguno de esos supuestos —y creo que hay buenas razones para no compartirlos—, pero son los que le permiten a Castells argumentar su diagnóstico y reafirmar su hipótesis de la espacialización del mundo reticular-informacional. Ahora bien, a poco que se atiende a sus argumentos y se considere las características de las prácticas que los ejemplifican, la conclusión que se alcanza es muy otra. Piénsese en los flujos de capital financiero (I: 469-470): lo que queda claro en el análisis de Castells no es que supongan un tiempo atemporal, sino un tiempo *tout court* en el que sobresalen la simultaneidad, el estrechamiento de los lapsos temporales comunicativos y la futurización de la realidad. O piénsese en la empresa reticular y el trabajador individualizado (I: 471-478): en ambos casos la flexibilidad emergente destemporaliza y retemporaliza a la vez; destemporaliza porque desestandariza y desregulariza el tiempo de trabajo y de las decisiones empresariales; pero retemporaliza porque incrementa la coordinación temporal o sincronización de los múltiples procesos económico-laborales y sustituye la vieja deidad temporal simbolizada por Cronos por la no menos tradicional que se encarna en Kairos (tiempo de la oportunidad y la urgencia). Tal es la lógica del *just in time* y, por ello, de sus empresas flexibles y sus agobiados trabajadores juncalizados.

¿Qué conclusión podemos alcanzar? La más realista me parece aquella que dice que no estamos ante la espacialización unilateral del mundo o ante un paradójico tiempo atemporal, sino ante la emergencia de un tiempo (ordinal, topológica y duracionalmente) nuevo que va de la mano de una nueva práctica a la hora de estructurar las relaciones entre pasado, presente y futuro. Es

siguiendo esta pista como se puede abordar el problema genérico o de fondo, que ya no es el de la espacialización del tiempo o temporalización del espacio, sino el de la constitución práctico-material de los distintos espacio-tiempos o cronotopos que coexisten o se suceden en la historia social de los humanos. No hay, ni ha habido jamás, sociedades unilateralmente espacializadas o temporalizadas; lo que hay y ha habido son distintos espacio-tiempos sociales, producto y expresión de prácticas sociales.

Pero vayamos más allá en el diagnóstico. A mi entender, aparte de estos problemas lógico-conceptuales, la insuficiencia del diagnóstico de Castells radica en enfatizar en exceso la compresión del espacio y el tiempo (Harvey) del nuevo capitalismo y no explotar adecuadamente ciertas propuestas de Lash y Urry que, por lo demás, asume e incorpora. Si se enfatiza unilateralmente la compresión del espacio y el tiempo que comportan la nueva tecnología y el capitalismo reticular se deja de lado la otra cara que le es consustancial, pues, en efecto, el tiempo-espacio comprimido es a la vez un tiempo-espacio inusitadamente alargado o dilatado. En razón de lo primero se hace significativo y operativo lo que dura poco (instantáneo) y lo que se desliza deprisa; pero en razón de lo segundo se hace significativo y operativo no sólo lo que está lejos en el espacio (un allí-aquí), sino también lo que se aleja en el tiempo (un ahora-entonces). Lo fundamental es considerar y retener que la compresión-dilatación del espacio-tiempo lleva a un juego intrincado del aquí-ahora de cualquier acción real con el allí-entonces. Es esta doble cara la que aparece recogida en el diagnóstico de Lash y Urry sobre los cambios sobrevenidos: la coemergencia del tiempo instantáneo y el tiempo glacial; el primero comprime, el segundo dilata. Castells recoge implícitamente el primero, traduciéndolo a su modo como tiempo atemporal, y explícitamente el segundo, mostrándolo como tiempo de resistencia o alternativo que emerge no de las transformaciones estructurales que han conmovido las relaciones sociales de producción y poder, sino de los movimientos sociales que luchan en contra de la red emergente en pos de un mundo alternativo (I: 502-503; II: 149-151). Se llega así a ese complejo vaivén que dinamiza su indagación que, contraponiendo estructura e identidad y, al hilo de ello, cambio estructural y cambio social, muestra la centralidad del espacio-tiempo pues lo convierte en el objeto de disputa del mundo en que estamos instalados. Tales espacio-tiempos difieren entre sí (lugares *vs* flujos; atemporalidad *vs* tiempo glacial), pero no lo hacen tan sólo por lo que denotan, sino fundamentalmente porque su principio de sustentación es radicalmente distinto. Si el espacio-tiempo de la red es un resultado estructural del capitalismo reticular-informacional, el espacio-tiempo glacial de los movimientos sociales alternativos es un resultado de la identidad que se resiste a las constricciones estructurales y pretende diluirlas o reconformarlas.

Las propuestas de Castells me parecen ir inequívocamente en esta dirección. El drama social contemporáneo no es otro que el que contrapone la red estructural a una identidad, humanamente necesaria, pero estructuralmente

desasistida: una lucha agónica entre la red y el yo que intenta paliar o resolver su esquizofrénica disyunción. Y así se asegura que «nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una oposición polar entre la red y el yo» (I: 29) ¿Razones? Se aduce «la distancia creciente entre globalización e identidad, entre la red y el yo» (I: 49), o, en forma más radical, que «el ascenso de la sociedad red pone en tela de juicio los procesos de construcción de identidad durante este período» (II: 33), porque, en última instancia, «no hay necesidad de identidades en este nuevo mundo» (II: 394), lo que, por lo demás, se muestra en el hecho de que incluso las élites dominantes globales, usufructuarias felices del poder y riqueza, están «formadas por individuos sin identidad (“ciudadanos del mundo”）」 (II: 395).

El problema evidente es esclarecer la razón de estas razones. ¿Por qué se bloquea la posibilidad de construir identidad en la red? La respuesta es doble, pero como lo son las dos caras de una misma moneda. Por un lado, y es lo relevante en este contexto de discusión, lo fundamental son las características propias del nuevo espacio-tiempo: «la disyunción sistémica de lo local y global» (II: 33) o la desestructuración del tiempo que surge de su degradación en tiempo atemporal. Sin vertebración temporal, abocados a un vaivén vacío entre lo efímero y lo eterno, situados en un mundo en el que las fronteras entre realidad y virtualidad han desaparecido, movidos y decididos por un espacio de flujos que prescinde de los lugares en los que están instalados, dominados por una tecnología que se muerde la cola y se cree autosuficiente, los actores (individuales o colectivos) quedan desarraigados de los marcos espacio-temporales en los que es construible y sustentable un sentido que les confiera identidad. A ello se une la otra cara de la moneda: la radical cosificación del mundo en el que surge y del que manan la información, la riqueza y el poder. «Por primera vez en la historia, la unidad básica de la organización económica no es un sujeto, sea individual (...) o colectivo (...). *La unidad es la red*, compuesta por diversos sujetos y organizaciones, que se modifica constantemente a medida que se adapta a los entornos que la respaldan y a las estructuras del mercado» (I: 226). Tenemos así una clara etiología de la situación crítica que engendra el moderno drama social: un espacio-tiempo inhábil para construir y sustentar identidad de la mano de un mundo cerradamente cosificado.

Pero Castells no es profeta de la desesperación. Su trabajo no se empantana en jeremiadas que denuncien la tragedia y el cierre de un mundo humanamente construido pero sin sentido, asfixiante. Antes bien, su orientación va en la dirección opuesta. La cosificación observada es tan sólo una parte del asunto: al lado de la red cerrada e inhumana están los humanos y sus aspiraciones. Esto redefine y amplía el concepto mismo de sociedad informacional, que, se especifica, «no es la superestructura de un nuevo paradigma tecnológico. Se basa en la tensión histórica entre el poder material del procesamiento abstracto de la información y la búsqueda por parte de la sociedad de una identidad cultural significativa» (III: 91). Por lo tanto, junto a las redes globales y sus individuos sin identidad, hay algo más: específicamente, «comunidades formadas

en torno a la identidad de resistencia» (II: 396) y, eventualmente, movimientos sociales proactivos que en sus luchas defensivas y ofensivas contradicen la lógica de la red y emprenden un combate «en torno a los tres ámbitos fundacionales de esta nueva estructura social: espacio, tiempo y tecnología» (II: 397). Así, pues, frente al espacio de los flujos, la reinterpretación del espacio de los lugares; frente al tiempo atemporal, un tiempo glacial que apuesta por la «unidad de la especie y de la materia como un todo, y de su evolución espacio-temporal» (II: 151); frente a la tecnología de los tecnócratas sin alma, una ideación nueva de la ciencia y la tecnología. El mundo cerrado y espacio-temporalmente sin sentido queda así relativamente abierto, reconformable, abocado al resultado incierto de las luchas que en él se están dando por el poder y el sentido.

¿Qué decir de estas propuestas? No digo que no retraten los aspectos fundamentales del mundo en que vivimos; lo hacen y permiten, además, establecer conexiones significativas entre ellos. Pero lo que me parece es que tales aspectos decisivos se piensan de una forma que plantea múltiples dificultades, y es sobre estas dificultades sobre las que debería desarrollarse la discusión. Castells es un pensador matizado y atento al detalle que se escapa del esquema omniabarcante; gusta también de resaltar la apertura intrínseca de lo social y es vigilante frente a los desvaríos de esa razón práctica («¿qué hacer?») que quiere meter en cintura el mundo. Todo esto hace plásticos y sutiles sus análisis. Pero me temo que no ha sabido sortear una dificultad recurrente en las ciencias sociales: el dualismo estructura/acción. Y, en efecto, su idea dramática de la sociedad informacional se estructura a partir de la contraposición agónica de un cambio estructural que se muestra en objetos, organizaciones o formas de hacer y comunicarse constrictivas, y de un eventual cambio social que sería el resultado de los planes de conformación del mundo de los sujetos (individuales o colectivos). En razón de esto, la lucha entre red e identidad se acaba planteando, al modo de Touraine (cit. II: 342), como enfrentamiento entre el hacer y el ser, ya que «es cada vez más habitual que la gente no organice su significado en torno a lo que hace, sino por lo que es o cree ser» (I: 29). El hacer está constreñido por los marcos estructurales que lo conforman, convirtiendo a su falso sujeto en un ser hecho, arrastrado o movido por algo anónimo y sin sentido, mientras el ser, como ser del hombre, es un hontanar interno de sentido que queda como a resguardo de las fuerzas que barren el mundo y eventualmente puede ser activado, exteriorizado en él. Todo muy cristiano. Creo que esta contraposición es baldía y que no hay más ser social que aquel que hace e intenta darse una idea de sí mismo a partir de su hacer: no es previo ni está a resguardo de su hacer o ser hecho. Por lo tanto, si el drama moderno es el de la contraposición de la red y la identidad, ambos han de mostrarse como prácticas estructuradas y estructurantes, que hacen y son: un ser-hacer. Esto significa que hemos de ir más allá de la idea —que me parece demasiado restrictiva y sólo plausible por su expresivo dramatismo, es decir, por su retórica— de un bloqueo a la identidad a partir de las características del espacio-tiempo emergente y de la estructura reticular. En ese espacio-tiempo y en el marco de las

redes se construyen identidades —y el mismo Castells lo resalta al destacar cómo algunas comunidades de resistencia están organizadas en redes y que éstas «hacen algo más que organizar la actividad y compartir la información. *Son los productores y distribuidores reales de códigos culturales*» (II: 401)—. Por lo tanto, la red posibilita e imposibilita, crea y destruye identidades. Lo que habrá que ver es qué identidades. Y para dar cuenta de ellas es más que probable que hayamos de prescindir de ese concepto fuerte de identidad y sentido por el que apuesta Castells (I: 48-51). Habría, pues, que emanciparse de la idea, que recoge de Touraine, de movimientos sociales que son y actúan como sujetos, pues, en realidad y siendo coherentes con lo que se argumenta, esos sujetos no lo serían sino en términos cerradamente paradójicos, ya que han de sujetar aquello que los sujeta y no dejará de sujetarlos. En cualquier caso, la idea de un sujeto fuerte y compacto que se hace con la historia y la mete en cintura es una idealización de la que deberíamos liberarnos. No se trata de que no lo haya ahora, sino de que no lo ha habido nunca —y ni la burguesía o el proletariado de Marx lo fueron—. En contra de esta fantasía, habría que apostar por identidades complejas, múltiples, y por sentidos que no estén abocados a jugar al desvarío práctico de pretender informar unitaria y total(itaria)mente una vida. Son éstos los propios de quienes hacen mundo o se le resisten.

Un mundo, por otra parte, que, como destaca Castells, es resistible, pero del que hay que resaltar su heterogeneidad interna, estructural. Y esto me hace volver al problema del espacio-tiempo. Para retomarlo, creo que se adelantaría mucho si se diera cuenta de esa nueva temporalidad glacial, antisistema y alternativa, arraigándola no en las ideaciones culturales de sujetos que se quedan fuera o en los márgenes impotentes de la red, sino en las determinaciones intrínsecas del sistema. En tal caso habría que reconstruir la teoría del nuevo capitalismo situándolo en la perspectiva del sutil y precario equilibrio ecológico, aproximándose así a la problemática que ha puesto de relieve la nueva tematización del riesgo. No se trata tan sólo de mostrar la novedad de los emergentes movimientos sociales «verdes», sino de rastrear las bases estructurales de los problemas que plantean. Surgiría así la imagen de un nuevo capitalismo que no sólo es organizacional, informacional y global, sino también entrópico e insostenible en su alocada expansión actual. Su espacio-tiempo sería así también e intrínsecamente el de ese tiempo glacial —lo que por otra parte ya plantean Lash y Urry.

Dejo aquí esta primera evaluación de alguno de los temas que ha planteado Manuel Castells en este libro que hace y hará historia. He querido plantear algunas de las dudas y objeciones que me suscita. Uno no sabe nunca si ha conseguido ser el lector fiel que hace plena justicia a lo leído; lo que sí puedo asegurar es haber sido un lector entusiasta.